

Adiós a las armas: lo que necesitamos es Policía

“Ningún país de América Latina puede hoy mantener un ejército realmente moderno, pero algunos sí pueden, en cambio, costear una gran policía con magníficos sistemas de investigación, transporte y comunicación comparables a los que poseen Alemania o Estados Unidos.

Un cambio de ese tipo contribuiría a consolidar el proceso democrático latinoamericano, sacaría a las Fuerzas Armadas del ámbito de las decisiones políticas, solucionaría en gran medida el tema de la inseguridad ciudadana, y le procuraría un destino razonable a una institución tan fuera de nuestro alcance como la tecnología espacial o la guerra atómica. Un simple dato lo demuestra: a principios del siglo XXI un soldado de infantería norteamericano entrará en combate con ropa blindada climatizada, guiado y observado desde un satélite, provisto de equipos de visión nocturna, cámaras de televisión adosadas al casco, misiles portátiles terriblemente destructivos y asombrosos medios de transporte. Equipar cada uno de estos “terminators” le costará al Estado US\$250.000. ¿Tiene algún parentesco este extraño bicho artillado por la ciencia con nuestros soldaditos, de hace pocos años, de la era de la guerra de Corea?”

Carlos Alberto Montaner

Las ideologías y el futuro de América Latina

Plinio Apuleyo Mendoza

Las ideologías, como concepciones teóricas alejadas de la realidad han sido una de las principales causas del subdesarrollo en América Latina. El populismo típico de ellas ha logrado difundir una terrible mentira, la de que es el Estado quien genera la riqueza y no los particulares. Fruto de esta errónea concepción los Estados latinoamericanos se han vuelto altamente dirigistas y reguladores, lo cual ha traído una falta de progreso en la región. La fe ciega en las promesas electorales de los candidatos de turno que representan estas formas de pensar, lejos de darle solución a las necesidades humanas, han generado un mayor descontento y una más profunda pobreza. Con un lenguaje franco, nuestro actual embajador ante el gobierno de Italia, expone de manera sencilla las negativas consecuencias de esas ideologías.

CUANDO SE ME PROPUSO COMO TEMA de esta disertación el de “América Latina, Ideologías y Futuro”, tuve una tentación inmediata: la de considerar que ideologías y futuro era términos contrapuestos, pues las primeras, con mucha frecuencia entre nosotros, han inspirado modelos de desarrollo o políticas equivocadas o, en el más benigno de los casos, no han dejado de ser utopías, es decir, alegres construcciones

teóricas a espaldas de la realidad y por consiguiente incapaces de transformarla abriendonos el camino hacia un futuro mejor. Todo esto parece a primera vista temerario, pero es posible que no carezca de fundamentos si lo examinamos con cuidado.

Sea que hablemos del Ecuador, de Colombia, del Perú o Venezuela, y probablemente de cualquiera de nuestros países, debemos reconocer una inquietante

realidad: para escapar a la pobreza que nos agobia, estamos acostumbrados a esperar soluciones milagrosas que en cada elección presidencial nos son ofrecidas por uno o por varios candidatos. Es algo muy propio de nuestra cultura política impregnada hasta la médula de reflejos populistas. Es decir una política que establece un divorcio flagrante entre la palabra y los hechos, entre el discurso y la realidad, entre el puro ejercicio retórico y la verdad dura y escueta de nuestra situación, de suerte que pueden ofrecerse impunemente beneficios muy atractivos y más o menos inmediatos (tierra, salud, vivienda, empleo y hasta desayunos gratis) sin que se explique de que manera esas cosas se pueden obtener, como si estuvieran guardadas en los cofres del poder y bastara abrirlos para distribuirlas generosamente a todos.

Me dirán ustedes con algo de razón que en todas partes se cuecen habas. También en los Estados Unidos y en los países de Europa los políticos son seres duales. Dueños de un áspero pragmatismo, moviéndose siempre en un mundo pavimentado de intereses, de intrigas, de alianzas y de concerta-

ciones ocasionales tras las bambalinas del poder, esos políticos aparecen siempre a la luz de los escenarios públicos, como los actores de teatro, para vendernos ilusiones. Blacaman, el mítico vendedor de milagros del cuento de García Márquez, es una representación emblemática de este personaje.

He dicho alguna vez que para vender milagros, o sea para vender mentiras, es necesario que haya quien los compre. Y no hay duda que es más difícil venderle ofertas ilusas, sin el cómo y el por qué de una demostración plausible, al elector norteamericano y europeo. ¿Por qué? Pues porque donde existe una opinión pública alerta, crítica, exigente y de mayor nivel que el nuestro, será difícil ofrecerle, como lo hiciera el inefable señor Alan García, por ejemplo, congelación de precios y alza inmediata de salarios o un desconocimiento de las obligaciones adquiridas para el servicio de la deuda externa con la promesa de financiar programas sociales, pues siempre habría en aquellos países zonas considerables de la opinión pública interrogándose sobre las consecuencias y riesgos de propuestas tan alegres.

Coartadas ideológicas

¿POR QUÉ LOS LATINOAMERICANOS SOMOS MÁS PROPENSOS a entrar en esta feria de ilusiones? Quizás para atenderlo necesitaríamos la ayuda de un discípulo de

Freud. Pues a los pueblos les sucede lo mismo que a ciertos individuos. Cuando un hombre no es capaz de gobernar su destino, cuando la realidad lo aplasta

porque no puede ajustarla a sus aspiraciones, no le queda más remedio que esperar milagros o engañarse con falsas expectativas para seguir viviendo. Todos hemos conocido a alguien que nos expone copiosamente un gran negocio o nos habla de la posición que espera alcanzar o del libro que quisiera escribir sin llevar a término ese propósito, como si la sola enunciación entusiasta del mismo bastara para convertirlo en realidad o como si el diseño verbal o teórico no fuese una simple representación sino un hecho redentor en sí. Y algo más: cuando a este amigo iluso las cosas finalmente no le resultan, porque no ha asumido el esfuerzo, la constancia, la disciplina, el conocimiento y la lucidez que requiere toda empresa humana, lo más probable, lo sabemos todos, es que busque a quien echarle la culpa de su fracaso porque es muy duro cargar consigo no solo un sentimiento de impotencia sino también uno de culpa.

Pues bien: esta relación entre fracaso y mentira —y la mentira, entre nosotros, suele tomar el disfraz de las ideologías justificativas— lo estableció muy bien un notable ensayista venezolano ya desaparecido, Carlos Rangel, autor de dos magníficos ensayos, uno llamado *Del buen salvaje al buen revolucionario* y otro *El Tercermundismo*. La suya fue una notable empresa de salubridad psicológica y política que nos abrió el camino. Rangel nos demuestra en sus libros cómo

hasta ahora hemos fracasado en nuestros intentos de acceder a la modernidad y al desarrollo; nos dice hasta que punto somos nosotros mismos los responsables de ese fracaso y como ciertas construcciones ideológicas, como el tercermundismo y muy en particular la teoría de la dependencia, no son sino coartadas para transferir sobre otros la responsabilidad de nuestra propia pobreza.

Miremos más de cerca el fracaso latinoamericano. Y en primer término ¿existe él? Parece difícil escamotear una realidad que nos abrume. En el mismo continente tenemos una sociedad, la norteamericana, que ha logrado niveles considerables de progreso y que al mismo tiempo ha consolidado una sólida cultura democrática. Pues si bien es cierto que a veces la política norteamericana ha tenido aspectos impugnables, discriminaciones o arrogancias a veces insoportables para nosotros, no lo es menos que existe dentro de esa sociedad un permanente ejercicio crítico y autoocrítico. Según Octavio Paz, esta dinámica libertad crítica, sumada a una tradición protestante de esfuerzo y laboriosidad, sumada a la investigación en la ciencia, la técnica y las artes, explican por qué los Estados Unidos ha sido el primer país del planeta en acceder a la modernidad.

¿Qué ha ocurrido entre tanto entre nosotros? La paradoja es grande. También somos, culturalmente hablando, herederos de la vieja Europa. Potencialmente

nuestros recursos naturales son tan ricos como los de Norteamérica. En ciertos aspectos, llegamos en un momento dado a tomar la delantera sobre aquel país. Cuando Chicago era todavía una pradera recorrido de búfalos nos recuerda Carlos Alberto Montaner, nosotros teníamos universidades con más de tres siglos de existencia. Y sin embargo nos hemos quedado, dice él, en la periferia de la ciencia y de la técnica, sin más creación propia que la del arte y la literatura.

Siendo ricos en recursos, los hemos administrado mal. Una parte considerable de nuestra población vive bajo la línea de la pobreza absoluta. Nuestros países, casi sin excepción, han vivido largas etapas de violencia, de anarquía o dictaduras, de atropellos y corrupción, de caudillismos y guerras civiles. Hemos dejado despoblar nuestros campos con pésimas y a veces demagógicas reformas agrarias. Nuestras ciudades crecen mal. Las que tenían como Bogotá el tranquilo encanto de Quito se han vuelto inseguras y algo caóticas.

Tenemos Estados costosos e ineficientes, llenos de trabas y reglamentaciones. Guerrillas, mafias de droga, populistas de todos los colores y tamaños, caciques dueños de votos, pastan en varios de nuestros países sin saber siquiera que representan como los dinosaurios especies ya extinguidas en otras latitudes. Creemos realizar nuestros anhelos colocándolos en esos líricos catálogos del orden y la felicidad

que son nuestras constituciones. Estamos, pues, abocados a ver como nuestra realidad se degrada mientras el discurso político vive en otra realidad, idealizada y puramente verbal. Y es aquí donde la ideología o las ideologías tercermundistas cumplen un doble papel: el de dar sobre nuestros problemas falsas explicaciones y el de justificarnos echándole la culpa de nuestro atraso a los países desarrollados.

El populismo, la más típica expresión de la cultura política latinoamericana, se ha inspirado ideológicamente en esa vulgata marxista que inundó por décadas nuestras universidades y sus derivaciones tercermundistas. El populismo ha hecho todo por escamotear a los latinoamericanos una simple verdad: que no es el Estado quien crea la riqueza sino los particulares; que la pobreza y el desempleo se combaten creando y multiplicando empresas en el marco de una real economía de mercado; que la vía hacia la modernidad pasa por el esfuerzo, el ahorro, las inversiones nacionales y extranjeras, la apertura hacia el comercio internacional y la transferencia a la sociedad civil, por la vía de las privatizaciones, de las empresas y aún los servicios desastrosamente administrados por el Estado. En vez de todo eso el populismo ofrece contra la pobreza remedios aparentes y efectivistas en forma de leyes o decretos, remedios estatistas que, como ocurrió en la Argentina de Perón,

en el Chile de Allende, en el Perú de Alan García, para no hablar de la Cuba de Castro, producen la quiebra del sistema productivo y degradación vertiginosa del nivel de vida del pueblo.

La superstición ideológica tiene entre nosotros muy nobles ancestros. Ilustres pensadores latinoamericanos como José Enrique Rodo, Ricardo Rojas o José Vasconcelos, respondiendo a esa inconsciente necesidad de autojustificación y transferencia de la culpa de que hablamos al principio, nos suministraron excusas redentoras para fortalecer nuestro ego maltratado por infortunios y constantes fracasos. Para el primero, nuestras élites sociales y culturales serían depositarias de valores culturales muy altos en oposición al vulgar pragmatismo de los norteamericanos. Para el segundo, seríamos dueños de una especie de superioridad telúrica donde los valores autóctonos prevalecen sobre los foráneos. Para el ilustre José Vasconcelos seríamos el puente y la síntesis privilegiada y en última instancia triunfadora entre el mundo blanco y desarrollado y los pueblos del Asia y del Africa. Todos ellos, pues, nos asignaron un destino excepcional, redentor de humillaciones.

Se trata, en realidad, de pobres

Falso Robin Hood

DE ESTA CONCEPCIÓN SURGIÓ entre nosotros un Estado altamente

consuelos, si lo comparamos con esa maravillosa medicina que significó como explicación de nuestras miserias el marxismo. Fue al fin —nos dice Carlos Rangel— una respuesta coherente, persuasiva, grandiosa y verosimilmente triunfalista dada no exactamente por Marx sino por Lenin en su ensayo sobre el imperialismo. Buscando explicar por qué no se había cumplido la predicción de Marx sobre el colapso del capitalismo, Lenin edificó una de las mentiras de más intensa circulación en el mundo político, intelectual y universitario: somos pobres porque los países ricos nos explotan. El desarrollo de las metrópolis tendría como condición el atraso y la pobreza de los países dependientes. Así, pues, en vez de culpables seríamos víctimas.

La teoría de la dependencia, típica expresión de la ideología tercermundista, enriquecida por las tesis económicas de Keynes sobre la economía mixta, la planeación y el dirigismo estatal y las emisiones monetarias como medio de reactivar la demanda y suplir la falta de recursos, dio lugar al llamado modelo cepalino que por varias décadas se impuso en nuestros países. Se trata de un modelo de desarrollo propuesto a partir de la elaboración ideológica ya mencionada cuyo padre fue el propio Lenin.

dirigista y regulador. Barreras aduaneras, licencias previas de importación y exportación, control de precios y de cambios, subsidios, toda suerte de trámites, papeleos y regulaciones contribuyeron en América Latina al incremento del Estado ampliando de manera tentacular, asfixiante sus funciones y atribuciones. ¿Con qué resultado? ¿Nos abrió realmente el camino hacia el desarrollo y la modernidad? Muchos aseguran aún, considerando que esa política fue necesaria para el despegue de nuestra industria. Puede ser, pero es innegable también que ese modelo produjo graves consecuencias. La tramitología, en vez de estimular la producción, la desalentó. Al dar al funcionario un poder onnímodo sobre el empresario generó un delictuoso tráfico de influencias y al final del camino, sea para obtener prebendas o para obviar el laberinto de trabas, favoreció la corrupción.

La verdad es que el Estado no es ni ha sido el Robin Hood, es decir el instrumento redistribuidor de la riqueza, el protector de las clases desfavorecidas y el motor del desarrollo y de la planeación que proponen las ideologías de estirpe socialista, en cualquiera de sus variantes. Lo que el Estado le quita a los ricos se lo guarda y lo que le quita a los pobres a través de impuestos indirectos y de costosas tarifas, también se lo guarda. Los beneficiarios de este modelo son pocos: una oligarquía de empresarios sobreprotegidos de

toda competencia, que debe su fortuna a mercados cautivos, a barreras aduaneras, a licencias otorgadas por burócratas, a leyes que lo favorecen; políticos clientelistas para quienes el Estado cumple el mismo papel que la ubre de la vaca para el ternero; una oligarquía sindical ligada a las empresas estatales, generalmente monopólicas, que les conceden ruinosas convenciones colectivas; y, obviamente, una enredadera de burócratas crecida a la sombra de este corrupto Estado benefactor.

El papel del Estado y la explicación de nuestra pobreza son nociones que en América Latina han sido acreditadas y difundidas gracias a una gran superstición ideológica. Muchos de nuestros compatriotas, sean políticos, catedráticos o universitarios saben, por una parte, que el Estado es entre nosotros un pésimo empresario y un mal administrador de servicios, que padece de obesidad burocrática y de trabas laberínticas, pero aún sabiendo y padeciendo esto continúan en sus especulaciones teóricas o ideológicas asignándole a ese Estado toda suerte de funciones reguladoras y un papel de benefactor social. La explicación de este extraño fenómeno nos la da Jean François Revel. Reside en “la capacidad de proyectar sobre la realidad construcciones mentales que pueden resistir mucho tiempo a la evidencia y permanecer ciegas ante las catástrofes que ellas mismas provocan”. He aquí, descrito en

pocas palabras, el papel nefasto de ciertas ideologías por largo tiempo dominantes entre nosotros.

La explicación de nuestra pobreza encierra también una gran mentira de la misma estirpe. “Desde hace siglos —dice Montaner— los países no se apoderan de las riquezas. Toda esa pertinaz campaña contra las inversiones extranjeras de las multinacionales, o contra los injustos términos de intercambio comercial no son otra cosa que ejercicios retóricos totalmente de espaldas a la realidad y a la evidencia. Los países más pobres del mundo son los que menos comercian y los que menos lazos tienen en el circuito económico de las naciones líderes del planeta”.

Esta gran superstición ideológica encontró en el uruguayo Enrique Galeano y en su libro “Las venas abiertas de América Latina”, una especie de evangelio traducido a muchas lenguas y publicado en 67 ediciones. “Desde el descubrimiento hasta nuestros días —dice Galeano— todo se ha trasmutado siempre en capital europeo, o más tarde norteamericano, y como tal se ha acumulado en los grandes centros del poder”. En el fondo de este concepto, reposa la idea peregrina de que la riqueza no se crea sino que existe como un bien mágico, un bien que puede ser sustraído o pillado como lo hacían los corsarios ingleses con los cofres de oro transportados por los galeones españoles en los siglos XVI y XVII. Es una idea estática y

rudimentaria según la cual voraces capitalistas habrían colocado a la América Latina en el triste papel de vender a menosprecio lo que tiene, sea azúcar, café, carbón, petróleo o frutas.

Semejante visión escamotea la realidad de que la riqueza no existe sino que se crea, y se crea mediante una buena gestión empresarial. ¿Dónde estaría el saqueo de nuestras materias primas en el área de los servicios que hoy representan las tres cuartas partes de la economía norteamericana? ¿Por qué países sin recursos naturales como el Japón se cuentan entre los más ricos del planeta? ¿No sería más sensato creer que la fuente esencial de la riqueza de una sociedad es el trabajo sostenido, la acumulación, la reinversión de ahorros, la existencia de un marco legal confiable para inversiones y negocios, la apropiación y desarrollo de tecnologías y la capacidad de participar activamente en el mercado internacional con productos realmente competitivos? ¿Cómo explicar que en treinta años un país más atrasado que los nuestros a mediados de siglo, como era Corea del Sur, entre al club de los países desarrollados mientras que la Argentina haya sufrido un profundo retroceso cuando avanzaba por esta vía? ¿No habría relación entre esa realidad y el modelo de desarrollo que han elegido?

Es arbitrario tratar de derogar con inefables conceptos éticos la más elemental de las leyes

económicas que es la de la oferta y la demanda. ¿Qué es lo que podría llamarse un precio justo? ¿Quién podría determinar lo que es justo y lo que no lo es? ¿Sería preciso un séráfico organismo internacional que determinaría el precio justo no solo del café sino también de los equipos industriales que se nos

vende? Esta fabulosa utopía de asignarle a servicios y bienes precios no determinados por el mercado y la libre competencia sino por funcionarios estatales se intentó en la URSS y países del Este con resultados absolutamente caóticos que finalmente produjeron el colapso del sistema.

La nueva confrontación

ES CLARO QUE LA ÚNICA PROTESTA LEGÍTIMA que nos asiste es la que entraba el libre mercado y la limpia competencia con proteccionismos o gravámenes discriminatorios como ocurre con nuestros productos básicos en los países de la Unión Europea. Es un reclamo que podemos hacer sobretodo cuando de nuestro lado levantamos restricciones para los productos de importación provenientes de esos países.

Dirán ustedes, para terminar, que el liberalismo es también una ideología y que en fin de cuentas en nombre de esa ideología impugno otra que se le opone. Ciertamente, tomando la palabra ideología en el sentido más amplio, podríamos aplicar ese término a toda forma de pensamiento político. Aun siendo así, me permitiría subrayar una diferencia fundamental. Las ideologías, cuya muerte comprueban un Fukuyama o un Jean François Revel, son aquellas construcciones teóricas, intelectuales, que han intentado trazarle pautas a una sociedad

deseconociendo leyes fundamentales de la economía como es el papel que juega en la creación de riqueza la iniciativa individual. Y hay propuestas o políticas que están desideologizadas porque se establecen a partir de la lectura de una realidad y de ella derivan sus conclusiones.

He dicho alguna vez que la América Latina vive hoy una dramática confrontación. Tenemos un pie en la modernidad y otro en el tercermundismo. Si quisieramos ilustrar esta alternativa con ejemplos extremos deberíamos citar los casos de Chile y de Cuba. Abriendo su economía a la competencia internacional, privatizando empresas estatales, eliminando monopolios y subvenciones, trámites y reglamentaciones excesivas, creando un sistema privado en el manejo de pensiones y en los servicios de salud, flexibilizando el mercado de trabajo y abriendo a la inversión privada sectores que eran antes de exclusiva administración estatal, como el transporte, las comunicaciones, la energía, la

minería y los servicios públicos, Chile avanza hacia el primer mundo, si no sobreviven interferencias o crisis políticas o conflictos con el estamento militar. Cuba, en cambio, vive una situación de grave penuria por haber llevado la utopía socialista y el voluntarismo de un caudillo tropical a sus últimas consecuencias.

Los restantes países están saliendo del viejo modelo proteccionista o cepalino a un nuevo modelo de desarrollo caracterizado por la creciente internacionalización de la economía. Todo esto ha generado en América Latina un debate muy intenso y de todas maneras útil. Se habla mucho de los costos sociales de un modelo liberal basado en la economía de libre mercado y en la transferencia a la sociedad civil de actividades, empresas o servicios que hasta hace poco eran monopolio absoluto del Estado. Si somos justos, y miramos las cosas al margen de cualquier compromiso ideológico, debemos reconocer que la pobreza es más una secuela del viejo modelo y no del que se trata de imponer.

Como sea, nuestro futuro no puede quedar hipotecado por obsoletas ideologías. Requiere mucho realismo y un buen conocimiento del mundo de hoy, de las claves del desarrollo y de la

creación de riqueza y un aprovechamiento de las experiencias afortunadas de otros pueblos, como sería el caso de los llamados dragones asiáticos. Empresarios, economistas, tecnócratas y políticos nuevos libres de retórica y de populismo y de las viejas prácticas clientelistas, deben tomar hoy el relevo; tal vez lo están tomando ya en todas partes.

En este camino hacia la modernidad, la prensa juega un papel de primer orden. Como periodista que he sido toda la vida, creo que nuestra mayor contribución es la de impulsar el desarrollo de una conciencia crítica y de una opinión pública lúcida y exigente, a través de un periodismo ya no simplemente informativo sino también interpretativo y orientador. La prensa escrita, en particular, debe dar el cómo y el por qué de los acontecimientos. Creo que este ilustre decano de la prensa ecuatoriana, El Comercio, lo ha comprendido muy bien, y por eso, al soplar las 90 velas de su aniversario, se abre a una nueva juventud renovándose. Es parte de una gran empresa común que en los umbrales del próximo siglo y del próximo milenio nos obliga a los latinoamericanos a un severo ejercicio crítico para encontrar el buen camino hacia el futuro. ☺